

ruinoso de Tetuan, dejando allí enterrada á nuestra juventud, perdido nuestro dinero é insultada nuestra bandera.

«Vamos á México á vengar nuestro pabellon,» nos repiten hoy; y si vamos, haremos el papel que en Cochinchina, y gastaremos otra fuerte suma de millones, y no recibiremos más que esteriles reparaciones y no aseguraremos el pago de lo que á los españoles les pertenece en virtud de la convencion, y encontraremos compromisos que nos cuesten caros; y en esta vez, sépalo el ministerio, no conseguirá ya distraer al país del espectáculo que está presentando en el interior, dejando la responsabilidad entera de empresas descabelladas á los que las imaginan y las consuman.

En Africa teníamos que hacer cosas que nos interesaban más que en México, y hemos podido hacerlas sin grandes sacrificios y con excelentes resultados; hemos derramado mucha sangre y derrochado mucho dinero, y no hemos hecho más que un duque y media docena de marqueses que nos salen muy caros.

En América teníamos tambien algo que preparar y que conducir por medios hábiles y previsores; las circunstancias están brindándonos á ello; con la guerra no haremos nada, ni siquiera el supuesto rey de México, por cuya fantástica corona se disponen á pelear nuestros soldados y á pagar los contribuyentes.

El pabellon español se pone ya descolorido cuando vosotros le buskais para tapar la vergüenza que recogeis en todas partes; dejadle plegado como está, esperando que luzca el día en que manos más dignas le despleguen sobre la península Ibérica; para vosotros basta un giron de esas banderas con que los charlatanes anuncian á los pueblos que saben sacar las muelas.

El *Contemporáneo* ha publicado los dos artículos que siguen, en contra del ministerio:

El *Constitucional*, que no encontró en su ardiente ministerialismo el medio de decir: «¡Esta boca (ó esta circular) es mial cuando la célebre circular de los Sres. Posada Herrera y Negrete, exclama con motivo de la cuestion de México, y de las decisiones que se han atribuido al Gobierno.

«Nosotros creemos que no estamos en el caso de ir hoy á México pura y simplemente á tomar satisfaccion de una ofensa.

*La ofensa fué inferida hace mucho tiempo, y si exigía satisfaccion armada y violenta, ya debía haberse tomado. Si entonces no se debió tomar, ménos puede tomarse ahora, cuando podria presumirse que habiamos aguardado á que otros se declarasen tambien ofendidos. El gobierno español, á nuestro modo de ver, no ha creído un *casus belli* la expulsion de su representante en México, y ha aguardado explicaciones y satisfacciones ofrecidas por la vía diplomática. Por consiguiente, para satisfacernos, podrá ser necesaria la guerra mañana: HOY NO LO ES; hoy no sería conveniente por la razon que hemos dicho, y además por otra potentísima, á saber: que si habiamos de limitarnos al desagravio de la ofensa dejando en México las cosas como se hallan, nada habriamos adelantado con nuestra expedicion, pues ó no encontraríamos gobierno con quien tratar, ó aquel con quien hiciésemos un convenio, sería reemplazado al poco tiempo por su enemigo, ó se vería impotente para cumplirlo.»*

Lo cual no es tan ministerial como debería esperarse del órgano resellado.

Uno de los periódicos ministeriales que no se han atrevido á adoptar por suyas las manifestaciones hechas por *La Correspondencia* acerca de la cuestion de México, atribuyendo al gobierno la intencion de recurrir á las armas, publica en su número del domingo una carta fechada en la Granja, de la cual tomamos estos párrafos:

«Dije á vd., que el gobierno, sin esperar á las complicaciones que recientemente han surgido, estaba preparado para todas las eventualidades, con cuyo motivo envió á Cuba en Julio y Agosto últimos 2,500 hombres, y dispuso que para principios de Octubre, saliesen de la Península cerca de otros 2,000. Tambien ordenó que se reforzase la ya numerosa escuadra de las Antillas, haciendo de paso que se remitiese material de guerra y sanidad.

Así las cosas, y sin necesidad de nuevos aprestos, porque estaban ya hechos, se ha autorizado al capitán general de Cuba, para que en la forma que en semejantes casos se acostumbra, pida á la República de México en el término mas preteritorio posible, absoluta satisfaccion de los agravios que nos ha inferido, y estricto cumplimiento del último tratado celebrado con el ex-presidente Miramon.

Claro está, que una vez tomada esta resolucion, era preciso apoyarla con la fuerza de las armas; pero el gobierno, que en manera alguna se propone hacer conquistas en México, porque ni las quiere ni las necesita, ha dejado, como es natural, al ilustrado criterio del capitán general de Cuba, la bastante libertad de accion para que organice los medios en virtud de los cuales se haga sentir á la República el peso de nuestra altivez y decision.

Cuanto, pues, se dijese en punto á operaciones militares y al número de fuerza que haya de enviarse, sería aventurado. Además que, siendo este un negocio de carácter reservadísimo, ni el gobierno lo revelaría á nadie, ni nadie, por consiguiente, tendría derecho á creerse bien informado. Podrá alguno decir que atacaremos á este ó al otro punto; pero todo el mundo sabe que en la guerra los amagos tienen por objeto distraer al enemigo para atacarlo por otro punto.—¿Qué importaría que hoy se dijese que el punto objetivo de las operaciones militares, sería por ejemplo, Veracruz, si nadie sabe lo que resolverá el capitán general de Cuba?

Ya lo ven nuestros lectores: todo lo que ha decidido el gobierno, se reduce á que se presenten en Veracruz media docena de fragatas de guerra, encargadas de solicitar del presidente Juarez, la observancia de los tratados.

Juarez, que no ha retrocedido ante una ruptura con Francia é Inglaterra, contestará con una negativa.

Coincidirá todo esto con la llegada á Veracruz de las fuerzas navales de Inglaterra y Francia, y se cuenta con que todo este alarde intimide á Juarez, y le obligue á entrar en razon.

Y si llegado este caso, obrando cada potencia por su cuenta, se apresura Juarez á atender las reclamaciones de los gabinetes de Londres y Paris, y desatiende las de España, ¿qué papel vamos á representar á los ojos de la Europa?

Y no se nos diga, que el gobierno previendo lo sucedido y lo que suceder pueda, envió en Julio á Cuba 2,500 soldados, y dispuso que en Octubre salga de la Península otro refuerzo de 2,000 hombres, mandando á la vez que se aumentase la escuadra de las Antillas.

Esas disposiciones se tomaron sin tener en cuenta para nada la cuestion de México: una de ellas fué motivada por la necesidad de reemplazar en Cuba el hueco que en aquel ejército dejó la necesidad de presidar á Santo Domingo. La otra disposi-

cion la motiva el cuidado de llenar las bajas naturales que por razon del clima sufre el ejército de la isla de Cuba.

Véase, pues, cómo el gobierno, ni ha previsto ni resuelto hasta ahora, cosa que sea digna de mencion, ni que pueda dar de sí una solución satisfactoria en la cuestion de México.

Por último, la *Epoca* del 23, en su revista de la prensa, hace los siguientes extractos de los artículos publicados por los diarios de oposicion:

«Tres diarios de oposicion se ocupan ayer casi en el mismo sentido de la cuestion de México. El ardor belicoso de los últimos tiempos empieza á ceder á medida que más próxima aparece una accion enérgica de parte del gobierno de España.

Oigamos en prueba de ello á la *Iberia*, que casi dá la razon á los mexicanos en sus cuestiones con nuestra patria.

Dice así:

«En paz viviamos con aquellos naturales, hijos de nuestros padres, desde que el reconocimiento de su independencia nos devolvió el título de hermanos que nunca debiéramos haber perdido. Cuestiones de intereses que tan comunes son en todo arreglo de familia, comenzaron á turbar muy pronto nuestra buena inteligencia, y mientras nosotros alegábamos la fé de los tratados, nos oponian ellos vicios de nulidad que son de atender y considerar en todo linaje de contrataciones.

Empero, cruzáronse en el camino excesos y crímenes que vinieron á entorpecer y dificultar el curso del término de nuestras diferencias; mezcláronse en el arreglo de nuestra deuda las cuentas de nuestros agravios, y al reclamar su completa satisfaccion, alzóse á deshora un diplomático de raras condiciones, que imponiendo términos precisos y perentorios á las averiguaciones judiciales y penas marcadas para reos desconocidos, y cuya culpabilidad dependia aún de la sustanciacion del proceso, anunció el rompimiento de nuestras relaciones con México, lanzando amenaza semejante al Ministro de Relaciones extranjeras de un gobierno constitucional.

Imposible es juntar en una todas las extravagancias, todas las torpezas, todos los absurdos que aquella nota diplomática contenia; pero nuestras relaciones con la República mexicana se rompieron al apoyo de tan grave resolucion. Nunca exi-



gencia semejante se habrá conocido en los fastos judiciales, porque ni el esclarecimiento de los hechos de un proceso depende exclusivamente del celo, inteligencia y buena voluntad de su juez instructor, ni la aprehension de los criminales está siempre al alcance de la persecucion del gobierno, ni es posible para otro, que para el tribunal competente, la designacion de las penas en que hayan incurrido los reos sujetos aun á los procedimientos de un sumario.

Sin embargo, nada de esto se tuvo en cuenta por el representante español ajeno sin duda á tan triviales nociones del derecho penal, y algo distante, además, del buen sentido que en estas cosas suele dirigir la conducta de los más imperitos en ellas, y por todo eso se atropelló para fijar la tregua de una ruptura, que sin duda se apetecía, y que por tales y tan insólitos términos se alcanzó.

Nos permitirá la *Iberia* recordarle que cuanto exigió la España en la cuestion de México y hoy merece tan dura impugnacion á nuestro colega, realizado fué bajo el gobierno del duque de la Victoria y con el aplauso de las Cortes Constituyentes. Dicho esto, sigamos copiando á nuestro colega.

“Así las cosas, reanudáronse nuestras relaciones ante el presidente Miramon, que se interrumpieron nuevamente por su cesantía del mando supremo, y Juárez, que le sucedió en el cargo, y ante quien (según parece) no estaba acreditado nuestro embajador, lo expulsó de la República como persona sospechosa.

A pesar de esto, convenimos en la gravedad del agravio, que con tan violenta expulsion se infringió á nuestro decoro; y le damos la importancia que mejor cuadre á la susceptibilidad de nuestro carácter, y la amplitud que más nos importa á los términos de nuestra reparacion.

Pero si tan grande fué el insulto, ¿por qué hemos tardado tanto en ocuparnos de su reparacion? Si el agravio era tan exclusivamente nuestro, ¿cómo en la delicadeza de nuestra honra hemos esperado á que se aumente el número de los agraviados para hacer causa comun con ellos? ¿Acaso no nos basta para el recobro de nuestra honra? ¿O es que lo sucedido en Marruecos nos empuje en México?

No será el silencio la respuesta que demos á estas interpelaciones de la *Iberia*. Hace meses apenas que estos agravios fueron inferidos; pero al propio tiempo que su noticia llegaba á las playas españolas,

á ellas llegaba también en manifiestos que el mundo ha visto, la promesa formal de una satisfaccion cumplida. Las Cortes, el gobierno, los mismos hombres de Estado de quienes es órgano la *Iberia*, creyeron que la nacion debía esperarla. El período de la longanimidad, aun tratándose de una nacion débil como México, ha espirado ya: debía reemplazarle la energía y la accion.

La *Iberia* se pregunta despues qué clase de propósito llevamos á la República mexicana, y con este motivo discurre así:

“Si son los de nuestro desagravio, allá deben ir con su apoyo al gobierno y su más decidida voluntad, cuantos españoles se precien, una vez que nos sea conocida la justicia de nuestra demanda. Expóngase ésta ante las Cortes del reino, como se hizo en la guerra de Africa, y lleve consigo nuestro valiente ejército los votos de la España entera, y nuestra satisfaccion será tan completa como debe apetecerla nuestro orgullo de nacion, porque los desavisos de Africa nos harán más avisados en América.

Mas si nuestras pretensiones exceden de este término; si con la fuerza de nuestras bayonetas se quiere intervenir en la política de un país, que por nuestros errores dejó de ser nuestro; en este caso tendremos doble razon para que se examine y discuta nuestro derecho, y para que se declare su justicia, no por el criterio ministerial, tan extraño á todo buen temperamento en nuestras relaciones internacionales, sino por la nacion entera, que tan en desacuerdo anda en estos puntos con el funesto gabinete que nuestros destinos preside.

¿En qué forma y bajo qué pretexto queremos imponer el yugo de nuestra voluntad á aquellos naturales? Por ventura, ¿vamos á llevarles, como en otros tiempos, el beneficio de la civilizacion? ¿O invadiremos segunda vez, en son de conquista, aquel desafortunado Continente?

Unidos contra nuestra bandera, hallaremos naturalmente á los mismos que combatiéndose hoy unos á otros, se opondrán mañana, como apretada falange, á una invasion que tan en menoscabo habria de ser de su independencia.

Solo á los sectarios del fanatismo podríamos tener dispuestos al combate, y éstos muy distantes de lo que ántes fueran, porque ni una sola voz se ha levantado en medio de sus discordias para proclamar un nuevo orden de cosas, ni ménos para proclamar en tono serio el nombre de ningun príncipe de esos que parece se les

quiere regalar en prenda de su buena ventura.

¿Y cuál es el motivo que nos impulsa á llevarles por este camino su felicidad y buena andanza? Serán sin duda nuestras relaciones de familia, nuestro título de hermanos, el cariñoso aprecio con que recuerdan nuestro deudo, apellidándonos godos, no sabemos si por antiguas reminiscencias ó por desprecio á nuestro origen y raza.

Si tal aconteciese, nuestra empresa no podria ser ni más absurda, ni más desatentada, ni más injusta tampoco. ¿Qué voz nos llama de tan apartadas regiones para que de tal modo intervengamos en sus negocios? ¿Qué partido político de aquel país ha levantado la bandera monárquica para que así vayamos á prestarle nuestro apoyo? ¿Cuál es el nieto de Moctezuma ó Hernán Cortés que puede ponerse á la cabeza de sus hijos para restaurar su nombre ó su fortuna?

Nosotros, hoy por hoy, vamos á México á reclamar el cumplimiento de los tratados y poderosas garantías contra sus infracciones futuras. Si mañana la Europa, en un sentimiento de humanidad, de civilizacion, y para salvar á México, creyese conveniente poner término á la espantosa lucha que lo devora, la España, que no busca dominaciones en América, solo contribuiria por su parte á que México se diese el gobierno más conforme con sus votos y con el estado de su sociedad.

El *Contemporáneo*, que no ha mucho consideraba como un baldon para este gobierno las afrentas que México habia dirigido á España, empieza ya á temer que una política enérgica de parte de nuestro país pueda ofrecer serios peligros á los españoles que moran en América. Dicho esto, continúa así:

“No quiere decir esto que aconsejemos al gobierno actual ni á ninguno de los anteriores que sufra con paciencia los agravios que los gobiernos de América puedan inferir á nuestra patria; nuestro patriotismo no los consentiria nunca, y siempre creeríamos necesario á nuestra honra y á nuestro prestigio que se nos diesen inmediatas y cumplidísimas satisfacciones por el más leve atentado cometido contra nuestra dignidad; pero á pesar de esto, no podemos desconocer las gravísimas consecuencias que se desprenderian de declarar la guerra á las repúblicas americanas. La

primera, y una de las más graves, consiste en dejar abandonadas á la merced del odio y de las más violentas pasiones, las vidas y las haciendas de los súbditos españoles residentes en aquellas apartadas regiones; y la segunda, y no ménos grave, el peligro de que las razas indígenas dominasen primero y despues exterminasen á los habitantes y criollos de origen europeo, resultando de todo esto un retroceso que haria caer á aquellas naciones en su primitiva barbarie.

Haciendo aplicacion de las anteriores ideas, que nos parecen de todo punto irrefragables á la cuestion de México, deduciremos que hubiera sido facil evitar que las cosas hubiesen llegado al punto en que actualmente se hallan; con mejor conocimiento de la situacion de aquella República, quizá no se hubiera ratificado el tratado Mon-Almonte, y es probable que si solo un espíritu de verdadero patriotismo hubiera guiado las resoluciones del actual ministerio, tampoco se hubiese mandado al Sr. Pacheco, nada ménos que con la categoria de embajador extraordinario cerca del gobierno de la República: además, si despues de haber arrojado á éste de su territorio se hubiera procedido con la prontitud y con la eficacia que el caso requeriria, es casi seguro que hubiéramos obtenido sin grandes sacrificios, y sobre todo, sin el peligro de una guerra, las debidas satisfacciones.

Habiendo dejado enfriar este asunto, y dádole tantas largas, los mexicanos han llegado á figurarse que se quedarán impunes, y arraigándose en ellos la idea que la desgraciada expedicion de Tampico les hizo concebir hace ya años, necesitamos ahora desplegar mayores fuerzas y soportar sacrificios de mayor cuantía para castigar un agravio que pudo evitarse con mediana prudencia ó repararse inmediatamente á poquísima costa.

Llegado ya el caso de exigir una reparacion, que por ser tardía tiene que ser de mas entidad, ¿ha calculado el gobierno cuál debe ser su conducta y cuáles los medios de que ha de valerse? Todo inclina á creer que no. Los diarios ministeriales han dicho repetidas veces que todo se ha fiado á la discrecion del general Serrano. Grande es sin duda la capacidad y el patriotismo del Sr. conde de San Antonio; pero se nos figura que asunto de tal magnitud debiera resolverse en la corte y con acuerdo de los ministros, pues la cuestion es tan grave, que aun suponiendo que fuera mucha la inteligencia de todos y de ca-



da uno de los consejeros de la Corona, más sería menester para ventilarla satisfactoriamente. Al general Serrano debiera encomendarse la dirección amplísima de la parte militar del asunto; pero esta debe hallarse subordinada á la diplomática que es la que aquí en Madrid debiera estudiarse y respetarse.

¿Vamos á limitarnos á desplegar nuestras fuerzas en el golfo mexicano; vamos á ostentar las seis fragatas de hélice recién construidas, y á dar á entender que estamos en el caso de que se respete nuestro poder, para que esta manifestación persuada al gobierno de Juárez de que nos debe dar cumplidas satisfacciones?

Si á esto se van á limitar nuestras aspiraciones, nos parece que se ha movido por los órganos de la situación más ruido del que la cosa por sí merece. ¿Se tratará de entrar en negociaciones y de formar pactos con el actual gobierno de México, después de demostrarle nuestro vigor y engrandecimiento? Según los mismos defensores del gobierno han dicho, eso sería perder el tiempo. Trabajada la República por las luchas intestinas, combatiéndose en su seno los partidos con grandísimo encarnizamiento, el gobierno de Juárez desaparecerá, tal vez al día siguiente de firmar con nosotros paces y tratados que no respetarán sus sucesores, por lo mismo que son sus enemigos.

A causa de estas razones, los órganos de la situación se inclinan, aunque manifestando su parecer del modo misterioso que suelen, á favor de una intervención en los asuntos y en el gobierno de la República. Ya en otra ocasión hemos demostrado que este paso sería peligrosísimo, pues para darle tendríamos en primer lugar que saltar por encima del derecho internacional, y en segundo obrando mancomunadamente y de acuerdo con Francia e Inglaterra, nos exponemos con grandes probabilidades, á convertirnos en instrumentos de ajenas ambiciones y de lucro ajeno.

Si mal no recordamos, hemos oído alguna vez á hombres muy importantes á quienes sirve de órgano el *Contemporáneo*, que para que la política que la España (debe seguir en México sea fecunda, conviene altamente marchar de acuerdo con la Francia y la Inglaterra, á fin de dar á aquel país la estabilidad necesaria para que los gobiernos puedan cumplir las estipulaciones internacionales.

En cuanto á la observación de el *Contemporáneo*, de que no considera al gene-

ral Serrano, por apto y capaz que sea, en condiciones para dirigir, no ya las operaciones militares y navales, sino todas las facetas diplomáticas de la cuestión con México, nosotros que fiamos altamente en su idoneidad y patriotismo, diremos á nuestro colega que el capitán general de la isla de Cuba ha de conformar naturalmente su conducta con las instrucciones del gobierno español, á quien compete la alta dirección de las cuestiones internacionales.

Las *Novedades* discurre también en estos términos acerca de la cuestión mexicana. De sus observaciones nos ocuparemos en otro lugar, limitándonos aquí á decir que nuestro hábil é intencionado colega confunde dos cuestiones enteramente diversas, la satisfacción de los agravios inferidos por México á la España, y de que solo nuestro país tiene derecho á tomar cuenta, y la intervención más ó menos eficaz de la Europa occidental para contribuir á que México se dé un gobierno estable; intervención para la cual la *Epoca*, que jamás pretende imposibles, ha deseado siempre el acuerdo de la España, de la Inglaterra y de la Francia. Hé aquí ahora las principales consideraciones de *Las Novedades*:

«Escusado es decir á nuestros lectores que si la guerra con México llega á estallar, nuestras más ardientes simpatías estarán siempre del lado de las tropas españolas que vayan á sostener en aquel país la honra y los intereses nacionales.

«Pero antes que se declare y se lleve á cabo, y aun después, será preciso separar lo que toca á la honra é intereses del país de lo que concierne á la conducta del gobierno; y si el ejército que vaya á México tendrá en nosotros un admirador de sus glorias, el gobierno no puede contar, por nuestra parte, con esa admiración, que ciertamente ni por sus antecedentes ni por su conducta ha logrado ni creemos que logre justificar.

«La situación de México es tristísima: no hay por qué negarlo. Allí se disputan el mando dos grandes partidos: el del antiguo régimen, ó sea el reaccionario, que se titula conservador, y el liberal, que se dá el nombre de constitucional.

«No hay, sin embargo, que equivocarse juzgando por los nombres: el partido conservador mexicano no es lo que sería un partido conservador europeo. Basta decir, para que se comprendan sus tendencias, que de 23 diputados de ese partido que se

reunieron hace algunos años en Tacubaya para constituir el país, 18 votaron el establecimiento de la inquisición, y si bien 12 de ellos aplazaban esta medida para tiempos más tranquilos, 6 querían que se llevase á cabo inmediatamente.

«Esto basta para juzgar lo que es el partido conservador en México: el defensor de todos los abusos y el sostenedor del régimen teocrático, rechazado ya de todas las naciones civilizadas de Europa:

«El partido liberal no está exento de errores, y con la conducta que ha seguido el gobierno de Juárez, cediendo territorios á los Estados Unidos y buscando su apoyo, ha dado muestras de no estar muy so-  
brado de espíritu patrio.

«Ambos partidos padecen de un mal común: el estar supeditados á un militarismo bastardo, que desangra el país hace muchos años en pronunciamientos, reacciones y revoluciones, cuidando todos, con honrosas pero cortas excepciones, de hacer su particular negocio y posponiendo sus propios intereses á los del país.

«Agréguese á esto una gran falta de instrucción en las clases superiores, y la ferocidad consiguiente que en las inferiores ha introducido el estado continuo de revoluciones y guerras de cincuenta años á esta parte, y se tendrá una idea del mal que aqueja á aquel hermoso cuanto desdichado suelo.

«Por una fatalidad, que ha dependido en parte de los mexicanos, en parte de los españoles allí residentes, y en parte de la conducta que en 1844 y 1846 siguió el gobierno español en aquel país, fundando periódicos para sostener ideas monárquicas y poniéndose del lado de la reacción, el partido liberal mexicano, que por sus ideas era el que podía merecernos más simpatías, es también el que mayores agravios nos ha inferido: bandidos que se decían liberales han asesinado á súbditos españoles; su gobierno dejó de cumplir los tratados; ese gobierno expulsó á un embajador español, que cabalmente llevaba instrucciones conciliadoras y no contrarias á la libertad mexicana (así á lo menos de bemos creerlo); ese gobierno ha suspendido el pago de sus deudas; y por último, lo que apenas parece creíble de una nación civilizada, los sostenedores de ese gobierno han propuesto al Congreso, la expulsión de todos los españoles residentes en el territorio de la República.

«Tales son los agravios que hemos recibido de México. ¿Son bastantes para

exigir satisfacción de ellos y tomarla en caso necesario por las armas?

«Creemos que sí.

«Pero como estos agravios son antiguos, creemos también que al llegar á Europa la noticia de ellos, ha debido igualmente llegar la de la satisfacción; que el capitán general de Cuba ha debido tener hace dos años las instrucciones que ahora se le envían, y que hoy la cuestión, después del tiempo y de los sucesos transcurridos, se encuentra en otro terreno.

«El gobierno no ha sabido ponerse á la altura de las circunstancias, y hoy parece que se dispone á cometer un error para subsanar otro.

«Hay dos hechos que es imposible desconocer y que varían el aspecto de la cuestión.

«El primero es que la situación de México ha empeorado de tal manera, que no hay allí gobierno con quien pueda tratarse con la seguridad de que se ha de cumplir lo que se estipule y de que no ha de ser necesaria una nueva expedición para obtenerla.

«El segundo hecho es que dos naciones poderosas igualmente agraviadas se disponen á intervenir en aquel país, y según los últimos partes telegráficos, cuentan para ello con la España, merced á los buenos oficios de uno de sus gobiernos.

«Si el primero de estos hechos hace por ahora la expedición de México inoportuna, el segundo la hace imposible.

«Los periódicos ministeriales pueden decir cuanto gusten respecto de lo mucho que vamos á hacer solos, allá en América, de las satisfacciones que vamos á obtener sin contar con nadie, del número de buques y de soldados que vamos á presentar para obtener esas satisfacciones y volvernos. Todo esto no pasa de una ilusión que esos periódicos tienen, y de la cual quieren que nosotros participemos. La verdad es que una vez abiertas conferencias para una intervención combinada de España, Inglaterra y Francia, que una vez decidido que las tres potencias intervengan en México, ni es justo, ni decoroso, ni posible que una de ellas se adelante á hacer por sí lo que debió haber hecho hace mucho tiempo cuando recibió el agravio, y lo que ahora no puede hacer sino en combinación con las demás, y por consiguiente, que la expedición española no irá á México sino en compañía de la francesa y la inglesa, según se estipule, cómo se estipule y para lo que se estipule.

«Una de dos: ó la España no está admi-



tida, como ha dicho el telégrafo, para la intervencion combinada en México, y entónces el Gabinete O'Donnell ha faltado á sus deberes, permitiendo que en aquel país haya una intervencion europea en que nuestra nacion no tenga parte, ó la España está admitida como nacion altamente interesada en el plan de intervencion acordado por Francia é Inglaterra, y entónces seria absurdo creer que podríamos y deberíamos obrar además y ante todo por nuestra propia cuenta."

*Eco Hispano Americano:*

Este periódico de Paris publica el siguiente artículo sobre negocios de México, y una carta escrita en esta ciudad. Al hacer esta insercion, solo por dar á conocer cuanto se escribe actualmente en Europa acerca de nuestro país, debemos decir que no estamos conformes con el *Eco* en creer que aquí se forma una escuela dictatorial y anti-parlamentaria. El partido liberal en México no prescinde de instituciones democráticas que sólo pueden existir con asambleas de origen popular, lo cual no se opone á que se fortalezca la autoridad del gobierno. Las verdaderas tendencias del país podrán conocerse al consumarse las reformas constitucionales, y estamos seguros de que esas tendencias no serán dictatoriales, pues la dictadura ha sido el origen de todos los males de las naciones hispano americanas. El abuso del parlamentarismo que algo exagera el corresponsal, no es motivo suficiente para renegar de los congresos; y habrá acaso que reformar las leyes electorales para que las asambleas expresen mejor la opinion pública y al cabo de algunos años de educacion política, por decirlo así, habrá hombres suficientes para que la pérdida de tres notabilidades no deje decapitado á un partido. Hombres inexpertos ó imprevisivos harán ménos mal en un congreso, que ejerciendo la dictadura, ó que suscitando trastornos.

Hé aquí el artículo del *Eco*:

MEXICO.

La situacion de esta desgraciada República es cada dia más crítica y desesperada, si hemos de dar crédito á las comunicaciones que inserta la prensa europea. A las grandes dificultades que ofrece la polí-

tica interior, dificultades que provienen, entre otras causas, del equilibrio de los partidos, de lo extraviada que se halla la opinion pública, merced á la falsa direccion que ella recibe de las clases teóricas del país, y por último, de la consiguiente falta de hombres de Estado capaces de dominar la situacion, han venido á agregarse hoy serias complicaciones en la política exterior,—como triste consecuencia de aquellas funestas premisas. México se halla ya en la incomunicacion diplomática con España, con Francia y con Inglaterra.....

En la carta que insertamos á continuacion se explican los motivos y detalles de este suceso, el cual ha suscitado en Europa la idea, bastante acreditada hoy, de una intervencion colectiva, de esas tres potencias, pero intervencion segun el lenguaje de la prensa de Madrid, de París y de Londres, realizada en el interés de la misma nacion mexicana, cuya independencia y libertad se respetará siempre,—si es que ella se lleva á cabo. Por lo demas, absteniéndonos nosotros por ahora de dar nuestra opinion sobre esto, haremos notar á nuestros lectores de aquel país cuáles son los sentimientos de la prensa europea acerca de la situacion de México, y del remedio que ella reclama, tanto en el interés de la República, cuanto en el de los extranjeros que en ella residen. En otro lugar insertamos un notable artículo de la *Epoca* sobre este asunto. El *Times* solicita claramente un concurso de esfuerzos por parte de la Francia, de la España y de la América. Segun el periódico inglés, "México no está aun maduro para la libertad, á la cual dice, se oponen á la vez la influencia clerical y la influencia militar; y á los gobiernos europeos, cuyos súbditos se hallan sin cesar amenazados en sus bienes y en su existencia, es á quienes toca el ponerse de acuerdo para dar á México un poco de orden y de estabilidad." El *Siecle*, periódico democrático de Paris, dice tambien á propósito de esto: "Nos parece esencial que una demostracion enérgica garantice la seguridad de los europeos en aquel país destrozado por las facciones." Naturalmente la solucion del *Siecle* es republicana, mientras que la del *Times* es monárquica.

Nosotros nos limitaremos hoy á decir que, por el mero empleo de los medios materiales, de la fuerza, nada sólido se lograria fundar en México, cuya enfermedad capital es más bien intelectual y moral, debiendo un gobierno dictatorial, apo-

yado en la opinion pública más bien que en la fuerza armada (sin desdeñar del todo el auxilio de ésta, se entiende), emprender desde luego un sistema de enseñanza pública que pueda reemplazar ó suplir *conviniendo*, al orden de cosas que la revolucion acaba de destruir en aquella República. Destruir lo caduco, está bien; pero destruir no es edificar. Con ruinas no se regenera una nacion.

En cuanto al sistema político, vemos con mucho gusto, por la prensa de México, y aun por la comunicacion que va aquí inserta, y que al parecer está escrita por persona que no es contraria al actual orden de cosas; que las doctrinas de la grande escuela dictatorial ó gubernamental, y anti-parlamentaria, escuela fundada por el *Eco* en las Américas, van encontrando cada dia más aceptación en aquellas repúblicas, por lo cual las felicitamos, y nos felicitamos sin engreirnos aspirando como aspiramos solamente á contribuir en la parte que nos sea posible al bien de aquellos pueblos. En efecto, vemos con singular placer, aunque sin vanidad, que en México, en Venezuela, en el Perú, en Chile, en todas las principales naciones de Hispano-América, van al fin triunfando nuestros principios, en despecho de la ignorancia y la envidia que en vano intentan desacreditarlos, ya que sean incapaces de combatirlos.

Hé aquí la carta á que aludimos:

México, Julio 29 de 1861.

La campaña ha seguido todo el mes sin ningun hecho importante: las promesas del ministro Guzman, de cercar al enemigo dentro de cuarenta y ocho horas, cuando acababa de consumarse el asesinato de Ocampo, no se han cumplido; las cartas del general Ortega, jactándose de poder exterminar á la faccion en quince minutos, no han pasado de buenos deseos. Las tropas del gobierno han seguido sin cesar á los enemigos sin darles alcance, y Márquez y Zuloaga han sembrado la desolacion en todas partes.

Se han cambiado algunas cartas entre el general Ortega y el cabecilla Chacon, en las que el segundo invitaba al primero á abrazar la causa reaccionaria. La respuesta del general ha sido digna y enérgica. Ha habido de parte de algunos cabecillas protestas de sumision pidiendo ciertas garantías; pero el gobierno se ha negado con razon á todo avenimiento que seria el mayor escándalo despues de los horribles

crímenes perpetrados por la reaccion. Sus cabecillas se distinguen por su odio á la poblacion extranjera, á la que consideran como importadora de las ideas progresistas y del desprestigio del clero. Un honrado irlandés, M. Beale, ha sido asesinado en su hacienda al grito de: "Viva la religion." Una familia francesa ha sido degollada en Espejo del Rio por orden de Mejía, y un niño de pecho fué estrellado contra una pared por uno de los defensores de la religion.

La campaña está agotando la riqueza pública, y los recursos todos del gobierno, que se ha visto en la durísima necesidad de apelar al arbitrio de los préstamos forzados, impuestos á algunas de las casas más fuertes de México, y á la ocupacion violenta de carros, acémilas y otros medios de transporte.

Los últimos boletines del general Ortega pintan al enemigo internado en los breñales del Sur y completamente cercado, reducido por lo mismo á perecer de hambre ó aceptar una batalla que dará la victoria á las tropas liberales.

La crisis ministerial se prolongó mucho tiempo, viniendo á probar que el partido liberal está muy dividido, que quedó casi decapitado con la muerte de Lerdo, Ocampo y Degollado, y que el abuso del parlamentarismo por hombres inexpertos y faltos de toda prevision, no puede producir sino serias complicaciones. Llovieron candidaturas y todas fueron atacadas, unas porque se trataba de hombres nuevos y poco conocidos, y otras porque se referian á los que han sido ministros en estos últimos tiempos. La oposicion parlamentaria no pudo presentar una postulacion, por la sencilla razon de que solo hay seis carteras y la oposicion se compone de unos cincuenta aspirantes á las poltronas ministeriales.

El presidente quiso volver á su política de Enero, llamando á Zarco al ministerio de Relaciones. El redactor del *Siglo* rehusó, creyendo que su entrada suscitaria grandes embarazos, pues se veria como una hostilidad el general Ortega, no seria del gusto del Congreso, y mucho menos de la prensa oposicionista, para la que tiene el enorme delito de haber suprimido el fomento de periódicos. Al fin fué llamado á Relaciones el Sr. de Zamacona, abogado y muy conocido por sus producciones de bella literatura. Su nombramiento fué muy mal recibido de la oposicion, porque ha sido compañero de Zarco como conspirador y como periodista en el *Siglo XIX*, y porque habiendo censurado con violenta